

A Infinita Descubierta de Gramsci

Gramsci's Infinite Discovery

El descubrimiento infinito de Gramsci

L'infinita scoperta di Gramsci

<http://temi.repubblica.it/micromega-online/linfinita-scoperta-di-gramsci/>

Angelo d'Orsi¹

Tradução: Jorge Sgrazutti²

“En una situación babélica de lenguajes y opciones políticas, del fracaso de todas las grandes *fes* políticas y religiosas, Gramsci es quizás incesantemente redescubierto porque nos enseña a no abandonar la lucha, proponiendo una revolución que es un proceso y no un acto, que nace de un largo trabajo de preparación cultural y pedagógica”. Proponemos el ensayo de Angelo d'Orsi contenido en el volumen “Operación Gramsci. A la conquista de los intelectuales en la Italia de la posguerra” de Francesca Chiarotto publicado recientemente para Bruno Mondadori.

Los “descubrimientos” de Gramsci se han repetido en ciclos en la cultura italiana y, aunque de forma limitada, en muchas culturas extranjeras. Igualmente numerosos son los usos, a veces abusos, de su pensamiento y de su propia figura: fundador del partido, militante antifascista, mártir, santo laico. Su rostro -como lo conocemos por una de las poquísimas imágenes que nos han transmitido, intenso y fascinante- se ha convertido en un icono que, como un Che Guevara italiano, ahora adorna camisetas, bolsos, carteles de murales, incluso postales publicitarias, que “venden” productos que a veces no tienen nada que ver con el universo gramsciano. A menudo, como sucede con el “Che”, la difusión del icono es inversamente proporcional al conocimiento de su significado profundo, pero, tratándose de hombres de acción y a la vez de teóricos políticos, quiere dar testimonio de adhesión a una propuesta política (aunque sea bien conocida) y compartiendo un testimonio juzgado, con razón, de heroico.

Tras su muerte, la imagen pública de Gramsci recorrió un itinerario que serpentea entre epifanías y disparidades, usos casuales y enconados enfrentamientos, internos y externos a ese mundo de la izquierda que, gramscianamente, debería haber luchado unida, conservando las diferencias programáticas y no omitiendo las distancias ideológicas. Esto significa que incluso la figura ascética de Gramsci, casi inmediatamente, después de su muerte, y en algunos aspectos incluso antes, sacralizada, fue utilizada con fines de batalla política: en primer lugar por Palmiro Togliatti, quien también fue el primer partidario de todas las iniciativas destinadas a dar a conocer el “pensamiento de Antonio”, pero que ciertamente supo, en una estrategia cultural de lucidez excepcional, hacer buen uso de esa herencia ideal, para construir un partido que fuese comunista, pero italiano, con todas las adaptaciones que desde entonces los desarrollos políticos inducían u obligaban. Después de todo, la originalidad del comunismo italiano y su “diversidad” tiene que ver con Gramsci, más que con Togliatti; y, más allá de las diferencias entre los dos, que surgieron en la sensacional ruptura de 1926, nunca volvieron a salvarse, no hay duda de que el segundo supo volver a atar el hilo roto. Naturalmente, faltaba el interlocutor, pero el

respeto y la atención de Togliatti por su hermano mayor, como se le consideraba y en ocasiones se le llamaba a Gramsci, son hechos establecidos.

El acontecimiento, por tanto, de las ediciones y de los estudios gramscianos, que se entrelaza con la institucionalización, a través de la Fundación que lleva el nombre de Antonio Gramsci, y las mil iniciativas encaminadas a llevar el nombre de ese Sardo mucho más allá de las fronteras del partido, constituye una fuerte huella, y hasta ahora no suficientemente seguida, en la construcción de un bloque intelectual en torno al PCI: “la construcción de la hegemonía”, de hecho. Ahora, aunque en torno a ese nombre la batalla ideológica, en forma residual, continúa (basta pensar en el reciente resurgimiento tardío de un tonto rumor que le gustaría a un converso de Gramsci a la religión de sus padres, in articulo mortis), [1] no hay dudas que, al menos en el mundo de los estudios, mientras todavía unos patos graznan en el Capitolio, para advertir al pueblo y al senado de la amenaza “comunista”, Gramsci se ha convertido en una pieza ineludible del mosaico del pensamiento universal. Y, además indudablemente, este hecho está certificado por una fecha: la publicación de los *Cuadernos de la cárcel*, en la nueva edición crítico-filológica, por un estudioso que tiene su nombre ligado para siempre a los estudios gramscianos, Valentino Gerratana.

El momento en que tuvo lugar ese evento editorial, la mitad exacta de la séptima década del siglo XX, hoy nos puede parecer un momento crucial: todavía estábamos en medio de lo que Mao Tse-tung había proclamado “Los grandes años Setenta”, convencido que esos serían los años de la revolución proletaria y socialista en Occidente, pero el cambio radical, de época, ya se estaba manifestando como un sueño más que como un proyecto, y, de hecho, de ese sueño las clases obreras, los estudiantes, una parte de los intelectuales de la clase media, motores de la revuelta de la década anterior, pronto se despertarían, y muchos se habrían precipitado a la retirada del ágora, ocupándose sólo de lo precisamente “particular”; otros se habrían dejado atraer por las desafortunadas quimeras de la lucha armada, pasándose a la clandestinidad; y no faltaron quienes, como siempre ocurre en la historia, ya se preparaban para cambiar de bando, y los *teppisti*³ se convertirían en hombres de orden, los ortodoxos del comunismo habrían mantenido la rígida estructura mental y la intolerancia de derivación bolchevique-estalinista, pero derrocando por completo sus propios valores ideales y orientaciones políticas.

¿Y Gramsci? En resumen, el revolucionario fue releído, gracias a la segunda publicación de los *Quaderni, sub specie aeternitatis*: en esencia, después de lecturas, y usos más o menos prudentes, hasta entonces principal y directamente en clave política, tanto en Italia como en el extranjero, Gramsci comenzó a ser visto en términos, sobre todo, de filósofo político, pero también de historiador, de crítico literario, de intérprete del mundo “vasto y terrible”, para retomar una expresión muy conocida, que se repite en varias ocasiones en la correspondencia con miembros de la familia. De hecho, en particular, los *Quaderni* -propuestos en la forma más o menos original en la que habían sido escritos en parte, en parte ya reorganizados por el autor- parecían situarse en el corazón de una fase histórica de transición que, sin embargo, a algunos, todavía parecía abierto a las posibilidades del socialismo. En Italia, el movimiento estudiantil seguía todavía vivo, el PCI alcanzó resultados electorales excepcionales, mientras que la sociedad había introducido cambios significativos en sus sistemas legales, la costumbre se había transformado profundamente, como lo demostró el referéndum contra el divorcio

solicitado por una parte de la Democracia Cristiana y apoyado por la Iglesia y sensacionalmente derrotado. Pero al mismo tiempo, sujetos políticos e intelectuales quizás más atentos y realistas comenzaban a tomar nota de una nueva e inminente derrota de la hipótesis revolucionaria.

Los textos gramscianos, que volvieron como nuevos al mercado de las ideas, fueron finalmente captados, no equivocadamente, como fragmentos de un análisis lúcido, aunque teñido de amargura, de la derrota del movimiento revolucionario: hay que añadir que esos análisis parecían a contraluz evocar las derrotas posteriores: la del Viento del Norte, en la post-Resistencia en Italia, y la otra, de hecho, que comenzaba a gestarse en la segunda mitad de los años setenta. Fragmentos, decía: sobre el “fragmentismo” gramsciano ya se habían utilizado kilogramos de papel impreso (se pueden encontrar rastros de él en las páginas siguientes), y el tema volvió a ser de actualidad ante la nueva edición de los *Quaderni*, que evitaba las fusiones más o menos juiciosas, según líneas temáticas diversas individualizadas, a veces convincentes, a veces menos; pero siempre, en todo caso, “traidores” del estado del texto: por tanto, lo que se había hecho a la fuerza orgánico y compacto, volvió a su dimensión original, en su carácter de fraude, aunque en el transcurso del tiempo hecho, al menos en parte, más sistemático por el propio Gramsci, a través de esa reelaboración denominada «*Quaderni speciali*». Sin embargo, se descubrió, retomando algunas ideas preciosas de décadas anteriores, que el fragmentismo no sólo expresaba la condición provisional y desorganizada de esos textos, sino que traducía la naturaleza del pensamiento de su autor.

Las lecturas y relecturas -que fueron casi todas lecturas desde cero- favorecidas por esta nueva “epifanía gramsciana”, como efectivamente se la denomina en las páginas siguientes, estuvieron por tanto influenciadas por la situación política general, es decir, por el debilitamiento de las instancias de cambio radical, incluso si el espectro de la contrarrevolución no apareció entonces, como en Europa medio siglo antes, cuando el choque reacción-revolución que se extendió como un fuego después de 1917, había visto la victoria del primero, a menudo con consecuencias muy dolorosas; y en la misma inmensa “patria del socialismo”, la Unión Soviética, donde el grupo directivo pasó de éxito en éxito en la lucha contra los “enemigos internos”, realizando de alguna manera los peores escenarios hipotetizados por el propio Gramsci en la carta de 1926, entregada en Togliatti y nunca entregada. Escenarios que en los años siguientes, e incluso antes de las purgas a gran escala -que ocurrieron en el mismo año de su muerte, 1937- el prisionero habría entendido en parte, en parte intuido vagamente, sobre la base de las escasas y mutiladas informaciones que le vienen entregadas, clandestinamente, a través de los canales de la comunidad carcelaria, a través de camaradas, pero a menudo con la oposición de otros militantes del partido.

El hecho que la presentación de los *Quaderni*, editada por Gerratana, organizada por la editorial Einaudi, tuviera lugar en París, puede por un lado ser significativo de la temprana presencia de Gramsci más allá de los Alpes, pero también del papel de Francia en la conducción de los movimientos de protesta europeos de los años anteriores. Sin embargo, no resultó en un relanzamiento efectivo de los estudios gramscianos franceses (pero al mismo tiempo cabe señalar la publicación de un ensayo aún insuperable en su especificidad, sobre un tema fundamental como el del Estado), [2] ni de las traducciones, paradójicamente, si no de forma muy contenida, considerando que la edición completa de

los *Quaderni*, lanzada más tarde, tardó veinte años en llegar a su fin;[3] sin embargo, gracias a esa iniciativa, que enseguida mostró el valor general de la publicación impresa, París fue el centro propulsor de un relanzamiento de la presencia de Gramsci en la escena cultural internacional. Si hasta entonces había sido sólo la izquierda, diversamente comunista, la que traducía, estudiaba o simplemente leía a Gramsci, a partir de ese momento se dio un salto adelante en el conocimiento y difusión de la obra gramsciana, con una importante expansión del número de los lectores y de los especialistas. Y otras lecturas, otras interpretaciones, sobre todo otros enfoques surgidos del universo de los Gramsci “maduro”, volvían a la naturaleza compleja y multifacética de esas extraordinarias notas de trabajo que eran los *Quaderni*, y que finalmente aparecían por lo que eran, liberados de la jaula de la tematización impuesta por Palmiro Togliatti y Felice Platone.

Que “la operación *Quaderni*”, en la inmediata posguerra -más en general, “la operación Gramsci”- fue algo bueno y sabio, está ampliamente demostrado en las páginas de este libro; pero ese tipo de edición, no tanto por los recortes y las “censuras”, como por las amalgamas de las dispersas notas gramscianas, se prestaba mejor a usos político-ideológicos. Ahora, con 1975, gracias a la edición de Gerratana, los *Quaderni*, si no todo Gramsci, pudieron ser abordados de otra manera, que no sólo se sustrajese al elogio servil y a la cobarde indignación, sino que supo sacar a relucir valores insospechados de ese pensamiento, ampliando sus ecos, multiplicando sus resonancias. Lo cual, puntualmente, ocurrió, aunque no cesaron los usos políticos, que, en un sentido o en otro, se vieron facilitados sin embargo por la ausencia de la publicación completa y científicamente rigurosa de todos los escritos y de la correspondencia gramsciana.

Pero, aún en la mente de la *Opera Omnia*, en esa fase la edición integral y crítica de los *Quaderni*, que llegó a su fin tras un trabajo paciente y generoso, fue un paso fundamental. Por primera vez fue posible leer lo que realmente Antonio Gramsci había escrito en la cárcel, sin las mediaciones de Togliatti, liberándose de esa obra de posguerra que, con todos sus méritos, tenía la intención, principalmente, de fundar una pedagogía política de masa. Fue una especie de revolución copernicana que obligó a un beneficioso baño en el texto, incluso por parte de quienes ya habían leído y usado los *Quaderni*, y que tenían la impresión de encontrarse frente a otro texto, casi un calendario, de extraordinaria vivacidad y fuerza, de enorme profundidad, ciertamente de serias dificultades, también por su carácter interrumpido, provisional, a veces rapsódico, no exento de contradicciones y aporías ... Y, otra paradoja, si es cierto que se liberó de la jaula temática los *Quaderni* se devolvieron a la polisemia de un sitio de construcción abierto, por otro lado también la forma editorial -en lugar de los seis volúmenes, que aparecieron por separado, que se pueden comprar uno a uno, como obras diferentes, un bloque de más de tres mil páginas sólo para comodidad del lector dividido en cuatro volúmenes- dieron al texto una especie de homogeneidad, en fin, lo convirtieron en una “obra”. Y sobre él, en muchos sentidos “nuevos”, empezamos a estudiar, de un modo nuevo: la filología comenzó a ser una clave importante, en paralelo, además, con la adquisición que se imponía a escala supranacional, aunque todavía no generalizado, por Antonio Gramsci en el *paraíso* de los grandes del pensamiento. Los grandes son estudiados, y se estudian con las refinadas herramientas de la crítica y la reconstrucción

filológica del texto, del análisis filosófico, pero sobre ese texto preciso, de cuidadosa contextualización histórica.

Gracias a estos nuevos acercamientos, Gramsci no solo fue, al menos en parte, sustraído de las disputas ideológicas, a menudo de valor modesto, y de los usos políticos (al menos los más descarados), sino que también se liberó de una interpretación básica, que, con algunas no frecuentes excepciones, lo colocaba en la estela de la tradición italiana, el punto de llegada de líneas continuas que lo convirtieron en un historicista idealista, en esencia. Los dos elementos iban de la mano: señaló en 1977, muy críticamente, sobre la “operación Gramsci”, Arcangelo Leone de Castris, un estudioso marxista por fuera (“desde la izquierda”) del Partido Comunista, que en el momento en que la cultura italiana de la posguerra intentó “una sistematización de esa operación en la figura del “gran intelectual”, culminación de una tradición democrática nacional y su reposición, convertida en la propia ideología de la continuidad, de hecho funcional a una concepción reductiva de la vía italiana al socialismo, el verdadero centro teórico-político de la operación gramsciana”. [4]

Cómo decir una operación Gramsci, es decir, sobre Gramsci, realizada por Togliatti y llevada a cabo por sus intelectuales orgánicos tras la muerte del jefe, contra la operación gramsciana, es decir, de Gramsci. En cuanto al centro de la elaboración propiamente de Gramsci, las opiniones de los académicos fueron y siguen siendo cuestionables, y quizás se demoraron en módulos que hoy nos parecen obsoletos. Pero el centro del discurso se refería al hecho de que el propio Gramsci había luchado contra esa tradición y sus representantes, especialmente en el presente político.

Entre la conferencia del 40 aniversario de la muerte (1977) y la del 50 aniversario, diez años después, se dieron todos los indicios de que los tiempos estaban cambiando. Del apogeo pasamos lentamente al hipogeo: todos gramscianos en los años setenta, ningún gramsciano en los ochenta... En la conferencia de 1977 se abordaron cuestiones teóricas en particular, signo de la plena asunción de Gramsci en el mundo del pensamiento: un mundo del cual por un lado algunos estudiosos, atrasados y misoneistas, pretendían mantenerlo alejado, mientras que por el otro algunos miembros de la generación más joven, muy *gauchiste*, influenciados por el antiguo adversario del Partido Comunista, Amadeo Bordiga, o por otras corrientes marxistas, buscaban inmovilizarlo como un estigma (casi una nueva propuesta, sin demasiado esfuerzo imaginativo, de las acusaciones bordiguianas ya hechas al joven socialista *sotto la Mole*, de estar al frente de un grupo, el de “L’Ordine Nuovo”, “culturalista”). Ello, sin embargo, era precisamente el inventor o reinventor las palabras clave del léxico político, y especialmente de la hegemonía, que ya se había afianzado en el escenario internacional, a nivel del mundo académico: *ma nemo profeta en Patria* (Pero nadie es profeta en su tierra –NdT.).

Así, en Italia, tras aquella importante reunión de los cuarenta años, que coincidió casi a la perfección con el ascenso al poder del Partido Socialista de Bettino Craxi, animado por una furia anticomunista, mientras fuera de las fronteras Gramsci era objeto de un proceso de universalización, aquí volvía de nuevo replegado *ad usum* por consorcios político-intelectuales de alcance modesto, pero de considerable cobertura mediática. La intención era llevar el PCI a Canossa, y Gramsci se convirtió en una especie de hombre de la pantalla: se criticaba a sí mismo, para instar al partido que fundó (incluso con intención polémica, a pesar de su dudosa verdad, había seguido siendo dominante, convirtiéndose

en sentido común, la atribución de “paternidad”; Gramsci fue “el fundador” del PCI) para abrazar la “vía democrática”. En concreto, la revista teórica del PSI, “Mondo Operaio”, se distinguió en esta campaña, que, por supuesto, tenía ideas interesantes, en un mar de intervenciones ideológicas, que revisadas hoy parecen irremediabilmente anticuadas. Quizás incluso más antiguo que el Gramsci “bolchevique” de la primera mitad de la década de 1920.

En cuanto a las lecturas situadas “a la izquierda”, surgió, no pocas veces, otra criticidad, que era en parte científica, en parte, nuevamente, política: es decir, una devaluación del Gramsci juvenil, paralela y contraria a la realizada dentro de la intelectualidad comunista ortodoxa y una nueva centralidad sobre los *Quaderni*, que solo en años muy recientes por parte de algunos se ha intentado romper.

Sin embargo, la cosa era comprensible, ya que, leídos en su versión (casi) completa, y *sub specie voluminis*, los *Quaderni*, en definitiva, convertidos en una “obra”, aumentaban enormemente su poder de sugerencia; más allá de las interpretaciones, no hay duda de que en este procedimiento Gramsci fuese examinado por un círculo de estudiosos en algunos aspectos diferentes al anterior, también por obvias razones biológicas, con nuevos ojos y, sobre todo, también con herramientas más refinadas. No era la *nouvelle histoire gramscienne*, pero finalmente se podía prestar la debida atención a la filología, sin riesgo de ser acusado de pedantería: combinaciones sin precedentes, afinidades a veces inesperadas, confirmaciones y modificaciones, aparecieron en la canasta de los estudios dedicados al Sardo. Se obtuvieron preciosas piezas de un mosaico que a lo largo de los años siguientes se irían convirtiendo gradualmente en monumentales, en términos de cantidad y de calidad, con una intensificación fuera de Italia a partir de finales de los ochenta, y en Italia, a partir de mediados de los noventa. Los conceptos clave del léxico gramsciano -desde “Hegemonía” a “Guerra de posición”, desde “Revolución pasiva” a la palabra mágica y quizás verdaderamente central “Intelectuales”- emergieron como estrellas brillantes de un diccionario general de la teoría política, pero también de la sociología, de la crítica literaria, de la historiografía. Y en cuanto otra cosa, ya, porque se hacía camino poco a poco a la realidad de un pensamiento multiverso, a veces casi esquivo por su propia riqueza.

Al mismo tiempo, paradójicamente, el cambio de década supuso ciertamente un lento hundimiento de ese pensamiento en Italia, prueba de que la asunción de Gramsci en el *paraíso* no lo había enmendado desde la “falla original”: el comunismo. Así, tras un par de décadas *in crescendo*, entre las ediciones de textos y la publicación de estudios (muchas veces, es cierto, casual en el nivel de la filología y precipitado en el de la contextualización), tras una masa de las más variadas interpretaciones, que a veces contenía burdas simplificaciones y en ocasiones un grave empobrecimiento de su pensamiento, mientras retornaban los ataques ideológicos (ya no desde el lado católico, sino mayoritariamente, como se mencionó, provenientes del área intelectual de referencia de la nueva secretaría del Partido Socialista), vino, junto y después, el tiempo de la represión y del olvido. En definitiva, Antonio Gramsci se convirtió en un “perro muerto” en casa. Era otra paradoja, ya que, al mismo tiempo, en la larga ola de la edición crítico-cronológica de los *Quaderni*, el pensador (sino también el revolucionario) fue descubierto fuera de Italia, en diferentes lugares y de diferentes formas. Cabe recordar, al margen, que entre tanto, pero reservada al mundo de los estudios, se había iniciado una discusión

sobre los criterios de la edición de Gerratana, con interesantes propuestas, de diversa radicalidad, de una de sus modificaciones: en definitiva, la misma publicación de la nueva edición de los *Quaderni* dio paso a su superación, en particular gracias a las sugerencias de un estudioso de otros campos de investigación como Gianni Francioni; por el hecho mismo de que un filólogo del siglo XVIII se dedicara a Gramsci y a los complejos problemas de la reconstrucción del texto, era la prueba de que ese autor ya no podía ser etiquetado en términos de periodista socialista, o de dirigente de partido que también había incursionado en pensar en política. [5]

Pero fue precisamente esta verdad fuera de Italia a la que se llegó antes, aunque en las décadas precedentes no fueron pocos los que habían captado claramente la “clasicidad” de Gramsci. Básicamente, mientras el nombre de Gramsci comenzaba a circular con insistencia fuera de las fronteras nacionales, en nuestros círculos culturales locales Gramsci casi había vuelto a ser el desconocido que se adelantó al “descubrimiento” de 1947, gracias a las Cartas y al premio Viareggio que los había lanzado inesperadamente sobre la escena nacional. [6] El colapso de la figura, del nombre y del pensamiento de Gramsci fue impresionante en la Italia de los años ochenta, políticamente dominada por el pseudoreformismo “decisionista” del craxismo, y culturalmente por lo que se llamó, a escala supranacional, “el hedonismo reaganiano”, con un fuerte enfoque en lo privado, un deseo exhibido de sobresalir, de manera individualista, en la dimensión existencial en la que se canceló el lado público y político. El ágora, en todas sus versiones posibles, fue olvidada en beneficio de la sala de estar, o peor aún, de la discoteca o de la cervecería, donde sin embargo el discurso público y político fue completamente eliminado. La diversión, en su forma a menudo vulgar, reemplazó al compromiso. ¿Cómo podría encontrar lugar una figura así -rigurosa hasta el punto de parecer rigorista, “calvinista”- de Antonio Gramsci, en ese universo?

E incluso en la izquierda, en el escenario que se comenzaba a delinear de fuga del marxismo, y de su contraparte política, el comunismo, Gramsci no gozó de buena prensa. Baste, como ejemplo, la conferencia organizada en “su” Turín, a finales de 1988, por el Instituto local que lleva su nombre. Aquí se cosecharon los frutos de la interpretación ambigua dada por Bobbio en la conferencia veinte años antes, y las preocupaciones sobre las “peligrosas consecuencias que conllevaba” demostraron no ser erróneas. [7] A estas alturas, mientras la llamada “nueva derecha”, en busca de relaciones nobles, comenzaba a mirar el pensamiento de Gramsci como un punto de referencia, en un mosaico confuso pero digno de atención, curiosamente las lecturas que emergían en la conferencia de Turín parecían ir en la misma dirección, entregando ese revolucionario, clavado por rótulos que querían ser descalificantes, como armonioso, jerárquico, productivista, básicamente totalitario, precisamente al cesto ideológico de una derecha “cultura”. [8]

La edición de Gerratana también tuvo el efecto, ciertamente no positivo, de oscurecer los escritos precarcelarios, que volvieron a ser lo que en el pasado habían sido en una opinión generalizada, a la que pocos se habían opuesto: una especie de preparación de la “verdadera” elaboración teórica, que en prisión, para los partidarios de la “continuidad”; un producto inmaduro de la juventud, luego superado, en una dirección bastante diferente, en la edad “madura”. Curioso efecto, ya que en esa octava década del siglo, Einaudi había vuelto a dar paso a una nueva edición de los escritos precarcelarios (por tanto anteriores a noviembre de 1926), que había enriquecido considerablemente el

cuadro de la biografía intelectual y política gramsciana, aportando más material para estudios y profundizaciones. Se trataba de una edición que daba pasos importantes hacia adelante, sobre todo en materia de atribución: si para los *Quaderni* el problema fundamental era el de la datación, para los artículos, casi siempre sin firmar, quedaba el del reconocimiento de la paternidad, que, con el paso de los años, se hizo cada vez más incierto, con la ausencia de muchos de los protagonistas de esa época, cuyo testimonio había sido en el pasado uno de los criterios para atribuir los textos a la pluma de Gramsci. También en esta ronda editorial jugó un papel importante Gerratana; pero junto a él, además del editor einaudiano Sergio Caprioglio, que había colaborado con Elsa Fubini en la edición de las cartas, para la segunda edición, muy enriquecida, en 1965, [9] surgió un estudioso de la siguiente generación, Antonio A. Santucci, quien falleció prematuramente en 2006, no sin haber realizado importantes aportes a los estudios gramscianos. [10] Por otra parte, poco antes había desaparecido Caprioglio: dos graves pérdidas para la comunidad de gramsciólogos, que aún no habían superado la pérdida de Gerratana, ocurrida en 2000. La edición de los escritos precarcelarios de los años ochenta fue, en conjunto, valiosa, a pesar de errores y lagunas: en retrospectiva, podemos hablar de un paso hacia la edición completa de los escritos, que se habría iniciado quince años después; en cualquier caso se trató de una obra que contribuyó a un conocimiento mucho más rico de la biografía de Antonio Gramsci en Turín que desde una ciudad fría y hostil, como se le había presentado en el otoño de 1911, se transformó paulatinamente en “su” ciudad. [11]

Los años ochenta se cerró con una serie de acontecimientos que parecieron de nuevo reabrir los juegos, aunque los impulsos por un *Gramsci-Renaissance*, la larga ola de la edición Gerratana, venían de fuera de Italia. No hubo una “conferencia” por el cincuentenario de su muerte (1987), sino una serie de iniciativas que mostraron la brecha entre los entornos culturales italianos que lentamente y con retraso recuperaron una verdadera acogida del pensamiento del Sardo, y una comunidad de estudios internacional que se abrió a Gramsci con atención y, a veces, incluso con auténtico entusiasmo: era el entusiasmo del descubrimiento, una vez más. Era un nuevo Gramsci que, en una lectura transversal y multidisciplinar, se revelaba entre un puñado de estudiosos europeos, americanos y poco a poco también de otros continentes (Asia y Australia): era el Gramsci pensador crítico de la modernidad, un marxista innovador, comunista capaz de reflexionar sin ideologismos sobre el fracaso de la revolución en Occidente. Dos encuentros internacionales, en particular, dotados de estas características, marcaron pasos significativos en esta dirección. [12]

La cultura italiana, por su parte, se dejó arrastrar lentamente, a menudo a regañadientes, a veces oponiendo resistencia, en diversas formas, como reveló la conferencia de Turín a finales de 1988. Al año siguiente, el fatídico 1989, en Formia se celebró un encuentro internacional, en el objeto y en los sujetos participantes; [13] y el año anterior, el estadounidense John Cammett (fallecido en 2008), en vista de ese hecho, había realizado la primera Bibliografía gramsciana: impresa, en una edición provisional, luego ampliada para la edición definitiva -es decir, provisionalmente tal- publicada con motivo del centenario de su nacimiento (1991). [14] Fue así que, gracias a este estudioso hasta entonces desconocido, ya militante sindical, que había trabajado solo y de manera amateur -en el mejor sentido- se descubrió que habían escrito sobre Gramsci (artículos,

ensayos, monografías, voces de enciclopedias) cientos y cientos de estudiosos, militantes políticos, formadores de opinión, en más de treinta idiomas del mundo: se trataba de más de siete mil títulos. Fue un impacto pequeño y saludable, que contribuyó a producir, también por un efecto de imitación, una nueva ola de estudios, ediciones, investigaciones. Las ediciones en idiomas distintos al italiano empezaron a suceder; y ya no se trataba de antologías, sino de ambiciosos intentos de traducciones completas. La *International Gramsci Society* (IGS) nació en los Estados Unidos, que pronto dio origen a una importante Sección italiana. Y si bien se empezó a trabajar enérgicamente en la edición completa en inglés del *Quaderni*, editado por Joseph Buttigieg, fundador del IGS, el nombre de Gramsci se difundió sobre todo en América Latina, mientras que en Europa la recuperación del interés fue más lenta, especialmente en Francia donde había partido antes la atención sobre este italiano, con grandes disputas políticas entre gramscianos y gramscistas ... Esto no significa que Gramsci se hubiera convertido ya en una figura importante en el debate político y cultural en numerosas situaciones nacionales; comenzaba a mencionarse incluso fuera de los contextos científicos, como para validar un destino de usos políticos, otra paradoja más: la práctica de los usos con fines particulares o de partido del pensamiento gramsciano, cesada en Italia, extendida, contemporánea y paralela al nacimiento de auténticos campos de estudio; estos, al igual que los usos políticos estaban, de hecho, esencialmente ligados a las principales categorías teóricas de los *Quaderni* que la edición de Gerratana de alguna manera “liberaba”, haciéndolos emerger en plena luz. En definitiva, el léxico de Gramsci en el que finalmente se puso la atención que merecía se prestaba a un doble uso: una herramienta de análisis de la realidad histórico-política (y no solo, ya que conceptos de otras disciplinas están bien presentes en ese hipertexto gramsciano), por un lado, y de intervención en la *praxis*, por otro. Pero siempre fuera de Italia. Apodado el jefe de 1989, a principios de los noventa, cuando en las universidades italianas se puede decir que nadie (o casi nadie) impartía cursos sobre Gramsci, cuyo nombre ya había vuelto a ser ignorado o casi desconocido por los estudiantes, y descuidado por la casi totalidad del cuerpo docente, en Japón, por ejemplo, fue uno de los autores políticos más estudiados; asimismo, para referirse a un clima cultural completamente diferente, en los países árabes. [15]

Pero, como mencioné, nuevamente las orientaciones culturales estaban cambiando, aunque lentamente. 1989-1991 (es decir, el bienio “revolucionario” que, con el repentino colapso del “socialismo real”, había conmocionado al mundo, alimentando esperanzas que luego resultaron ser en su mayoría engañosas y falaces) [16] había sacado a relucir de repente de los escombros del Muro de Berlín, que en su derrumbe había arrollado gran parte de la literatura marxista, precisamente el fantasma de Gramsci, junto al de Marx: si se presentaba como el gran profeta crítico de la globalización, anticipando las interpretaciones pesimistas sobre el globalización de la miseria, Gramsci aparecía como el analista pensativo de la derrota de la hipótesis revolucionaria, pero también como el estudioso sereno y profundo de otro socialismo posible, por nuevos caminos de lucha cultural, de la construcción de una hegemonía intelectual, de un uso inteligentemente crítico de los elementos portadores de lo “moderno”. El último redescubrimiento de Gramsci, por tanto, en una paradoja más aparente que real, se ubicó justo al lado del derrumbe del Muro, del que no solo no fue tocado, sino que hizo destacar su figura en el espacio vacío. A principios de los noventa un momento importante, que

sin embargo no despertó el interés que hubiera merecido, fue la publicación, de nuevo por parte de Santucci, de las cartas de la juventud (hasta 1926, es decir, hasta la detención), que confirmó la potencia y la humanidad del Gramsci epistolar, abriendo también nuevos e insospechados atisbos sobre las dificultades de la existencia de un hombre cuyos acontecimientos vitales, desde la salud física a la familiar, pasando por la política, le habían robado la infancia primero, luego la juventud. En resumen, Gramsci siempre fue, de inmediato, un adulto. Y un adulto de excepcional madurez, dotado de un precoz sentido de la responsabilidad individual, provisto de paciencia e ironía.

No obstante, pasaron más años antes que incluso en Italia -repito: a raíz de la fortuna renovada y en su mayoría completamente nueva de “Gramsci en Europa y América” [17]- se comenzara de nuevo, con continuidad y sistemáticamente, a estudiar, publicar, realizar cursos universitarios; sobre todo para iniciar investigaciones tanto archivísticas como bibliográficas, especialmente destinadas a rastrear los signos de la fortuna de Gramsci fuera de Italia: en esto fue decisivo el impulso de la Fundación Gramsci y, en no pocos casos, de algunos de los Institutos regionales que llevan el nombre de revolucionario sardo, que estaban formando un consorcio. [18]

Muy útil para poner de nuevo a Gramsci en circulación fue la nueva colección, la mayor hasta entonces (y aún hoy), de las cartas carcelarias, siempre editada por Antonio Santucci; la publicación desató una disputa entre la editorial de Palermo que la había enviado a la librería (Sellerio), la editorial Einaudi y la Fundación Gramsci, ambas alegando ser titulares de los derechos de autor, hasta el punto que se llegó al retiro de la obra de las librerías. [19] Pero, gracias al mismo eco mediático de la publicación, se encendieron nuevos faros sobre la obra de Gramsci y en todo caso se trató de un nuevo material documental que enriquecía la cesta de los conocimientos sobre la vida y sobre los sufrimientos, privados y públicos, de ese excelente prisionero del fascismo. Así que volvimos a hablar de Gramsci tanto en la gran prensa como en los círculos científicos, y mucho menos en los círculos políticos.

Lo demostraba, de nuevo en 1996, la publicación de un ensayo que constituía (tras un lejano análogo más sintético trabajo de otro erudito, que apareció en el mismo año de la edición de Gerratana) [20] el primer intento de reconstruir las disputas políticas como las científicas sobre Gramsci: un libro muy útil, aunque con un sesgo ideológico, que se convertiría en una pequeña guía tanto para militantes como para estudiosos. [21] Mientras tanto, una nueva cosecha de ediciones antológicas llegaba a los mostradores (no a las vitrinas) de las librerías y, en ocasiones, a las estanterías de las bibliotecas: después del Gramsci mártir, el Gramsci ortodoxo, el Gramsci herético, el Gramsci nacional y popular, Gramsci hermano mayor de Togliatti, parecía reaparecer el “Gramsci de todos”, prestándose, a pesar suyo, a lecturas e interpretaciones multiversales, que pasaban de la nueva derecha, que insistía sobre sus rasgos nacionales, productivistas y organicistas, hasta la izquierda poscomunista, que lo convirtió en un pensador liberal; mientras que lo que quedaba de la izquierda marxista, en no pocos de sus segmentos, volvía de nuevo a dirigir la mirada hacia ese rostro de ojos grandes y profundos, que resaltaban las gafas, bajo la masa de cabello encrespado. El bello boceto que había dibujado Piero Gobetti en 1922 fue redescubierto, citándolo y recitándolo, en todo su dramático poder:

Antonio Gramsci tiene la cabeza de un revolucionario; su retrato parece haber sido construido por su voluntad, cortado rudamente y fatalmente por una

necesidad íntima, que debía ser aceptada sin discusión: el cerebro ha abrumado al cuerpo. La cabeza dominante sobre los miembros enfermos parece estar construido según las relaciones lógicas necesarias para un plan social, y retiene una ruda e impenetrable seriedad del esfuerzo; sólo los ojos móviles e ingenuos pero contenidos y ocultos por la amargura interrumpen a veces el firme vigor de su racionalidad con la bondad del pesimista. [22]

Finalmente, el signo decisivo del retorno de Gramsci a la escena cultural fue el lanzamiento de la Edición Nacional de los Escritos, en 1996-1997, bajo los auspicios de la Fundación Gramsci: no dejaba de ser significativo que el clima político fuera de una nueva fe en la izquierda, que acaba de llegar al gobierno del país, tras el primer breve ascenso y caída de Silvio Berlusconi. Y, sin embargo, con la Edición Nacional (que tenía no obstante un comité científico internacional, en el que destacó la estrella de Eric Hobsbawm, ya frecuentador de los mítines gramscianos), si Gramsci ya había adquirido en el Panteón del Pensamiento, la mayor parte de aquellos que lo estudiaban conscientemente, y a veces inconscientemente, lo neutralizaban en el plano político: la izquierda que gobernaba no sólo estaba lejos de cualquier tentación subversiva, sino que, sin duda, estaba declaradamente lejos de la tradición marxista misma. Gramsci siguió siendo, sin embargo, “un comunista”, incluso si muchos lugares insistieron, además retomando ideas de décadas pasadas, sobre el carácter “diferente” de su comunismo y en su marxismo original. Ello no quita que, políticamente, Gramsci fue preferido, a menudo sobre todo por los militantes del partido que fundó, de vez en cuando Carlo Rosselli o Don Milani, John Kennedy o Karl Popper ... En realidad, en el año 2000, en el curso de una conferencia celebrando los cincuenta años de la fundación del Instituto Gramsci, que modestamente quiso llevar el nombre de Gramsci y Rosselli, el entonces líder emergente del DS Walter Veltroni tuvo que tomar partido junto a Rosselli, buscando alejarse de un incómodo Gramsci, demostrando con ello no conocer ni a uno ni al otro.

Sin embargo, si políticamente Gramsci ya no tenía atractivo, debido al impulso de la proyectada Edición Nacional (en cuyo grupo de trabajo no faltaron ni faltan tensiones) y de todo lo que comenzaba a nacer en torno a ella, los estudios gramscianos experimentaron un imponente renacimiento y luego paulatinamente una aceleración decisiva, desde el sexagésimo aniversario de su muerte (1997), hasta el septuagésimo aniversario (2007), cuyas manifestaciones, por número, intensidad y duración, sorprendieron a los propios gramscianos y gramsciólogos. Además de sancionar la entrada de Gramsci entre los máximos exponentes de la cultura italiana, la Edición Nacional tuvo sobre todo la función de estimular la investigación, mientras que dentro o alrededor de ella se formaba una nueva generación de estudiosos. De hecho, mirando hacia atrás a los últimos quince años, se puede afirmar que en términos de adquisición documental, tal vez se hayan realizado mayores progresos que en el medio siglo anterior.

Y esto, mientras fuera de Italia Gramsci se descubrió y profundizó, con un salto notable no solo en la cantidad de traducciones, sino en su calidad y naturaleza, con la continuación o lanzamiento de ediciones completas, con el nacimiento de “Cattedre Gramsci”, con un nuevo interés de los editores por la publicación de textos y de estudios: dificultoso al principio, luego poco a poco más fácil. Algunas conferencias latinoamericanas (México, Brasil, Argentina, Venezuela, en particular), entre finales de los noventa y la primera década del siglo XXI, atestiguaron sin lugar a dudas, la nueva fortuna del pensamiento de Gramsci en el mundo y especialmente en el subcontinente

americano, donde la referencia a Gramsci aparecía sobre todo, aunque no exclusivamente, de tipo militante; a diferencia del mundo anglosajón (desde Estados Unidos a Australia, hasta el subcontinente indio), donde Gramsci fue descubierto y leído y utilizado metodológicamente, como teórico, o prototeórico de estudios culturales o estudios subalternos. [23]

En el sexagésimo aniversario de su muerte, mientras se consolidaba el emprendimiento de la Edición Nacional y se realizaron algunas conferencias que constituían una prueba más de la presencia de Gramsci mucho más allá de las fronteras italianas y europeas, [24] se publicó una nueva edición de las Cartas de la cárcel, concentrada en la correspondencia bilateral entre Antonio y su cuñada Tatiana Schucht, la persona que más que nadie siguió con amor el doloroso calvario del prisionero de Turi. [25] Mucho más rica, y verdaderamente impredecible, fue la misa de las celebraciones del septuagésimo aniversario de la muerte, con innumerables eventos, desde Sídney a Turín, de Roma a San Pablo en Brasil, de Cerdeña a Puglia; conferencias, pero también ediciones de textos, publicación de estudios, puesta en marcha de grandes empresas. Ese fue el año 2007 de la salida de los dos primeros volúmenes de la Edición Nacional, dedicados a los *Quaderni di traduzione*, inéditos; a lo que, tres años después, se añadió el primer volumen de las Cartas. [26] A continuación, una cascada de iniciativas: seminarios, otras conferencias, premios, ediciones, otros estudios, obras de referencia, como la BGR (*Bibliografia Gramsciana Ragionata*), un repertorio que reconstruye con archivos analíticos todo lo que se ha publicado en lengua italiana sobre Gramsci, desde 1922 hasta la actualidad; y el *Dizionario gramsciano*, centrado en el análisis y la interpretación del léxico y de las figuras clave de los *Quaderni*. [27]

Hoy en día, la bibliografía gramsciana incluye más de dieciocho mil títulos, ahora en unos cuarenta idiomas. Cerca de dos mil quinientos están en idioma inglés; y, para dar un ejemplo lejano, unos seiscientos en japonés. Se anunció el lanzamiento de la edición china de los *Quaderni*, después de la de las Cartas, mientras que, una vez finalizadas las ediciones europeas (francesa, alemana, angloamericana), se reanudó la rusa, iniciada en el pasado y luego interrumpida; y así sucesivamente, en un aluvión incesante de la que sería imposible dar ni siquiera una descripción resumida. El resultado es que Antonio Gramsci es hoy uno de los doscientos cincuenta autores más leídos, traducidos, citados y discutidos de todos los tiempos, de todos los países, de todos los idiomas y de todo tipo (es decir, escritores, filósofos, científicos ...). Es uno de los cinco italianos más estudiados, traducidos y comentados después del siglo XVI. Y el interés por este pensador, escritor, dirigente político y militante revolucionario ha registrado un crecimiento excepcional en el curso de los últimos años. De Chávez a Sarkozy, por mencionar a dos políticos de márgenes opuestos, Gramsci se ha convertido en un autor digno de citarse, objeto, hoy más que antes, de apropiaciones políticas e instrumentalizaciones ideológicas; que, sin embargo, son el signo de una renovada actualidad, de una vitalidad redescubierta del pensamiento de Gramsci, nuestro contemporáneo.

Las nuevas generaciones que estudian a Gramsci (y las conferencias por el septuagésimo aniversario de su muerte han brindado un testimonio importante), pueden hacerlo con un enfoque diferente: apasionado pero sin ideologismos abrumadores, participativas, pero con suficiente destino crítico; están ausentes de estos nuevos estudios,

precisamente por razones generacionales tanto el lamento como el remordimiento o el reproche; los “nacidos después de los setenta”, [28] pueden mirar a Gramsci, y a los hechos políticos y culturales en los que la edición de sus escritos los ha colocado, de una manera nueva, “ligera”, aunque con la seriedad necesaria para un trabajo científico. [29]

La Edición Nacional, tras la publicación de los *Quaderni* editados por Valentino Gerratana, y las nuevas peticiones provenientes, muy copiosas, desde fuera de Italia, han favorecido el establecimiento de un puñado de nuevos estudiosos y estudiosas de la vida, del pensamiento, de la acción política de Antonio Gramsci, que saben poco y quieren saber poco sobre las divisorias ideológicas de los “favorables” y los “contrarios”, así como de los usos políticos togliattianos, deseosos, más bien, de acercarse directamente a los textos, y de captar sus valores insospechados, de sabor exquisitamente humanístico, pero también capaz de suscitar nuevas y muy amplias armonías, desde la política a la hermenéutica.

Sin embargo, sigue siendo decisivo el estudio de la recepción del pensamiento, en la línea de las ediciones de los textos gramscianos, de los estudios, de las instituciones que de diversas maneras se han referido a Gramsci: sobre todo si se trata de estudios realizados sin prejuicios, sin los condicionamientos de la militancia o de la pertenencia, aunque sea con una fuerte empatía hacia el autor: al fin y al cabo, muy difícil (y, en mi opinión, incluso superfluo) escapar del encanto de un ser especial, en muchos aspectos, como fue Gramsci. Abordarlo de nuevo, con las herramientas de la filología histórica, pero con una mentalidad abierta y tendencialmente de alumnos ideales de ese maestro aún más ideal, hoy parece importante, incluso para el momento histórico que atravesamos. Ante el colapso de la utopía y la esperanza comunista en Occidente, mientras llega desde América Latina la propuesta de un nuevo socialismo para el siglo XXI, Gramsci adquiere un valor específico, precisamente por la naturaleza anti-dogmática de su pensamiento, por el carácter crítico de su visión del comunismo, por la ductilidad inteligente de su análisis de las posibilidades y de los límites de la “Revolución en Occidente”.

En una situación babélica de lenguajes y opciones políticas, de fracaso de todas las grandes manifestaciones políticas y religiosas, Gramsci es quizás incesantemente redescubierto porque nos enseña a no renunciar a la lucha, proponiendo una revolución que sea un proceso y no un acto, nacido de un largo trabajo de preparación cultural y pedagógica, una revolución internacional y supranacional, una revolución que no sea más el asalto a la Bastilla o al Palacio de Invierno, sino una transformación “molecular” de carácter internacional y supranacional. Gramsci, teórico de las situaciones de “crisis”, excepcional reinventor del ahora imprescindible concepto de “hegemonía”, nos sugiere silenciosamente, con la fusión del optimismo de la voluntad y del pesimismo de la razón, algún camino para pasar de la crisis a su análisis y a su superación.

Sobre todo parece útil hoy, a propósito de la hegemonía, responder no con nuevas polémicas al insulto corriente, fundado sobre necedades y mentiras, [30] sino, más bien, hacer, como intentamos hacer en esta obra, con un cuidadosa reconstrucción del proceso de formación de esa hegemonía, que se revela, con sus límites y contradicciones, como un gran diseño cultural, del cual Togliatti es el director, algunos intelectuales del partido los actores, mientras que la obra y la figura de Antonio Gramsci representan la trama, la materia prima, el tema. En realidad, ese plan no se llevó a cabo del todo, debido a la evolución de la situación política interna e internacional -el 18 de abril de 1948, con la

derrota de la izquierda, la entrada de Italia en el Pacto Atlántico, la involución del socialismo real, la muerte de Stalin, la revolución húngara, el XX Congreso del PCUS, la difícil desestalinización...-, pero representó el intento más lúcido de dar un alma culturalmente profunda, de alto valor, al proceso de reconstrucción del país después de la guerra y del fascismo. Y Gramsci, a pesar del uso, a veces sin escrúpulos, a veces completamente legítimo, por parte de Togliatti y de la intelectualidad “orgánica”, logró no solo no dejarse aplastar por la política del momento, sino resistir como un cristal de roca imponiéndose como el autor del cual el Partido Comunista, la izquierda y toda Italia necesitaban.

De esto Gramsci después de Gramsci, un pensador fuertemente italiano y “nacional”, pero, descubierto poco a poco, en términos universales y globales, podemos extraer la confirmación de la necesidad de ese cambio radical de rumbo para el mundo, hecho urgente por la situación de guerra permanente, de agravamiento de las injusticias sociales dentro de las sociedades nacionales individuales, de la aparición de desigualdades entre un Sur y un Norte del mundo ahora insostenibles ... Pero estos elementos de la crisis actual subrayan ante todo la necesidad de la lucha por la verdad, hilo conductor de la vida y de la obra, política e intelectual, de Antonio Gramsci. ¿Y cuál debería ser el papel del intelectual, como nos lo propone Gramsci, en los escritos y en el ejemplo concreto, de mayor valor, si no la batalla “por la verdad”? [31] La nueva, última fortuna de Gramsci, frente a un socialismo que se fundamentó sobre mentiras y sobre nuevas injusticias, volcando sus premisas y promesas, quizás resida ante todo en esta pasión por la verdad, que lo reconecta por un lado a un Romain Rolland y -aunque críticamente- a un Julien Benda, por otro a un Edward Said, que más que ningún otro parece haber tomado la batuta de manos de Antonio Gramsci, atribuyendo al intelectual la tarea suprema de “decir la verdad”. [32]

Notas:

1 Reenvío para una reconstrucción puntual y punzante de LIGUORI, Guido “La conversión de Gramsci y la creación de un nuevo sentido común (de derecha)”, en *Historia Magistra*, I (2009), 1, págs. 17-29.

2 Véase BUCI-GLUCKSMANN, Christine *Gramsci et l'état*, Fayard, París 1975 (traducido. *Gramsci y el Estado. Para una teoría materialista de la filosofía*, Editori Riuniti, Roma 1976).

3 Véase GRAMSCI, Antonio *Cahiers de prison*, por R. Paris, Gallimard, París 1978-1996, 5 vols.

4 A. Leone de Castris, “La teoría crítica de las instituciones liberales”, en *Lavoro critico*, 9 (1977), pp. 7-57 (7): se trata de un número monográfico “Sobre Gramsci”, uno de los primeros ejemplos de la nueva crítica gramsciana tras la edición de Gerratana.

5 Véase FRANCONI, Gianni *El taller gramsciano*, Bibliopolis, Nápoles 1984.

6 Véase más abajo, págs. 23-29.

7 Ver más abajo, p. 200.

8 Véase SBARBERI, Franco (ed. Of), *Teoría política y sociedad industrial*, Bollati Boringhieri, Turín 1988; Id., *Gramsci. Un socialismo armonioso*, Franco Angeli, Milán 1986.

9 Véase más abajo, págs. 187 y siguientes; pero en cuanto a la edición de las Cartas, Elsa Fubini me dijo (entrevista grabada, 1984) que Caprioglio se había atribuido erróneamente una firma por ser solo el editor de la editorial; la colección y el cuidado eran en realidad suyos (es decir, de Fubini).

10 Los volúmenes gramscianos editados por él son: *Nuevas cartas de Antonio Gramsci. Con otras cartas de Piero Sraffa*, prefacio de N. Badaloni, Editori Riuniti, Roma 1986; *Antonio Gramsci: 1891-1937*, Editori Riuniti, Roma 1987; GRAMSCI, Antonio *Cartas, 1908-1926*, Einaudi, Turín 1992; GRAMSCI, Antonio *Cartas de la cárcel*, Sellerio, Palermo 1992. Santucci, entre los otros trabajos

gramscianos, también habría editado la primera antología de todos los escritos: GRAMSCI, Antonio **Las obras**, TEN, Roma 1996 (más tarde Editori Riuniti, Roma 2007).

11 Reconstruí el proceso de adaptación de Gramsci en Turín, en la Introducción a la antología editada por mí: GRAMSCI, Antonio **Nuestra ciudad futura. Escritos de Turín (1911-1922)**, Carocci, Roma 2004.

12 Me refiero a las actas de dos conferencias de 1987: Gramsci y el marxismo contemporáneo, de B. MUSCATELLO, Editori Riuniti, Roma 1990 (contribuciones de N. Badaloni, J. Bidet, G. Labica, A. Davidson, O. Löwy, J. Texier, A. Tosel, G. Prestipino, entre otros) y **Modern Times. Gramsci y la crítica del americanismo**, por G. BARATTA y A. CATONE, Diffusioni 84, Milán 1989 (más tarde Edizioni Associate, Milán 1989; contribuciones, entre otras, de J. BUTTIGIEG, JP POTIER, R. FINELLI, F. FROSINI, Ch. RIECHERS, A. TISEKM, T. SZABÒ, S. KÉBIER, G. GIRARDI, A. SANTUCCI, L. CORTESI).

13 Véase RIGHI, María Luisa (ed. Of), **Gramsci en el mundo**, Fundación Instituto Gramsci, [Roma] 1995.

14 Véase J. CAMMET (ed. Of), **Bibliografía Gramsciana**, Editori Riuniti, Roma 1991.

15 Cf. sobre la difusión del pensamiento gramsciano, **El lenguaje /los lenguajes de Gramsci y de sus obras. Escritura, reescritura, lectura en Italia y en el mundo, Actas de la Conferencia Internacional de Estudios** (Sassari, 24-26 de octubre de 2007), de F. LUSSANA y G. PISSARELLO, con un ensayo introductorio de G. VACCA, Rubbettino, Soveria Mannelli (CZ) 2008. Véanse en particular K. KATAGIRI, "Gramsci y la izquierda japonesa" (págs. 241-243) y P. MANDUCHI, "La difusión del pensamiento de Gramsci en el mundo árabe: traducciones, relecturas, perspectivas" (pp. 245-260).

16 Desarrollé esta tesis en mi **1989. Sobre cómo ha cambiado la historia, pero para peor**, Ponte alle Grazie, Milán 2009.

17 Este es el título de un volumen colectivo editado por A.A. SANTUCCI (Laterza, Rome-Bari 1995: el ensayo introductorio de EJ HOBBSBAWM es importante; las otras contribuciones hicieron balance de las diversas realidades: TOSEL para Francia, F. FERNÁNDEZ BUEY para España, D. FORGACS para el Reino Unido, J. BUTTIGIEG y F. ROSENGARTEN para Estados Unidos, I. GREGOR'EVA para Rusia, C. NELSON COUTINHO para Brasil, O. FERNÁNDEZ DÍAZ para el resto de América Latina).

18 Una revisión útil, aunque muy concisa, de iniciativas y publicaciones se encuentra en G. VACCA, G. SCHIRRU (ed. Of), "Premisa", en **Estudios gramscianos en el mundo. 2000-2005**, il Mulino, Bolonia 2007, págs. 9-17. El volumen es una selección de artículos que han aparecido en varios lugares fuera de Italia: entre otros por A.K. SEN, J.A. BUTTIGIEG, M.E. GREEN, J.C. PORTANTIERO, B. FONTANA y D. KANOUSI.

19 Véase GRAMSCI, Antonio **Cartas de la cárcel**, cit.

20 Véase G.C. JOCTEAU, **Leer Gramsci**, Feltrinelli, Milán 1975.

21 Véase G. LIGUORI, **El contexto Gramsci. Historia de un debate 1922-1996**, Editori Riuniti, Roma 1996.

22 P. GOBETTI, **La revolución liberal**, Cappelli, Bolonia 1924, p. 105.

23 Ver, como referencia esencial, al menos G. BARATTA, **Antonio Gramsci en contrapunto. Diálogos con el presente**, Carocci, Roma 2007; pero ver también las **Actas de la Convención de Formia (1989): Gramsci en el mundo**, cit.; para estudios culturales, G. VACCA, P. CAPUZZO y G. SCHIRRU (ed.), **Estudios gramscianos en el mundo. Estudios culturales**, il Mulino, Bolonia 2008.

24 Reenvío a los respectivos volúmenes de las Actas: **Gramsci y el Novecientos**, de G. VACCA, con la colaboración de M. LITRI, Carocci, Roma 1999 (organizado por la Fundación Gramsci); **Gramsci de un siglo al siguiente**, por G. BARATTA y G. LIGUORI, Editori Riuniti-IGS, Roma 1999 (organizado por el IGS); **Gramsci y la revolución en Occidente**, por A. BURGIO y A.A. SANTUCCI, Editori Riuniti, Roma 1999 (organizado por el Partido de la Refundación Comunista de Turín).

25 Véase A. Gramsci, **T. Schucht, Cartas, 1926-1935**, por A. NATOLI y C. DANIELE, Einaudi, Turín 1997.

26 Véase A. Gramsci, **Epistolario, vol. I: enero de 1906-diciembre de 1922**, por D. BIDUSSA, F. GIASI, G. LUZZATTO VOGHERA y M.L. RIGHI, con la colaboración de L.P. D'ALESSANDRO, B. GARZARELLI, E. LATTANZI, L. MANIAS y F. URSINI, **Instituto de la Enciclopedia Italiana**, Roma 2009.

27 Cfr. **Bibliografía Gramsciana Razonada 1922-1965 (1)**, por A. D'ORSI, Viella, Roma 2008 (bajo los auspicios de la **Fundación Gramsci**); **Diccionario gramsciano 1926-1937**, por G. LIGUORI y P. VOZA, Carocci, Roma 2009 (bajo los auspicios de **IGS Italia**).

28 Tomo el título de un célebre artículo de Mario Morasso (que apareció en el “Marzocco” en 1897), que evidentemente se refería al siglo XIX.

29 La conferencia “Nuestro Gramsci”, organizada por el abajo firmante en nombre de la **Fondazione Istituto Piemontese A. Gramsci**, en Turín, en noviembre de 2007, reservada a la generación posterior a 1970, fue un ejemplo notable.

30 Reenvío para la historia del concepto y para las controversias en torno a su uso al volumen **Hegemonías**, de A. D’ORSI, con la colaboración de F. CHIAROTTO, Dante & Descartes, Nápoles 2008.

31 Este es el título de una colección de textos gramscianos editados por R. MARTINELLI: **Por la verdad. Escritos 1913-1926**, Editori Riuniti, Roma 1974.

32 Me refiero a E. SAID, **Decir la verdad. Los Intelectuales y el poder**, Feltrinelli, Milán 1995.

¹ Autor del artículo. ORCID: orcid.org/0000-0002-3984-0766

² Traductor. Profesor Titular Historia de Europa IV, HyA – UNR – CEHE (Centro de Estudios de Historia Europea) – AGA (Asociación Gramsci Argentina) <https://orcid.org/0000-0002-6450-9450>

³ gamberros o vándalos (NdT.)